

CALABAZAS

en el brásero



Conspiraciones



Presenta

CALABAZAS



en el trastero

CALABAZAS



en el trastero



Conspiraciones

Créditos:

Primera edición digital: junio 2016
Código: COD 9785400038635050087

Ilustración de portada: Fernando Martín Antón
(facebook.com/Phrenanillustrations)

Maquetación y diseño: Miguel Puente y Kachi Edroso

Corrección de estilo: Isabel Rossell

Editor: Juan Ángel Laguna Edroso

Prólogo (cortesía de Nocte): Jose Alberto Arias

Autores: Enrique Cordobés, Magnus Dagon,
Javier Fernández Bilbao, Carlos García, David Jasso,
Javier Lacomba, Manuel Mije, Óscar Muñoz Caneiro,
Miguel Lorenzo Navarro Ligeró, Óscar Pérez Varela,
Gema del Prado Marugán, Aitor Solar
y Víctor Villanueva Garrido

Edición: Saco de huesos

Paseo Fernando el Católico, 59. ED 5A, 50006 Zaragoza

Más información: www.sacodehuesos.com

**Un proyecto de la asociación cultural La Biblioteca
Fosca**

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley.

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos (ww.cedro.org)) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Prólogo

El mundo cobra sentido cuando lo consideramos como el resultado de la conspiración de unos pocos contra los más. Incluso la historia cobra sentido cuando la leemos no ya como un torrente de acciones y reacciones y de influencias y de encuentros y de conflictos, sino como el relato de una gigantesca conspiración de unos pocos sectarios y clandestinos, contra la humanidad en su conjunto.

*Los hemisferios, Mario Cuenca Sandoval
(Seix Barral, 2014)*

La primera conspiración de la que tengo constancia es la de *Expediente X*. Supongo que llegar a esta serie, y no es el caso, fue un cúmulo de casualidades. Con el tiempo he descubierto que la conspiración ha arrojado sus garras esencialmente en el medio audiovisual con mayor fortuna que en el literario. Por ello no voy a hablar sobre Mulder y Scully, sino sobre *Calabazas en el trastero: Conspiraciones*, un número inusual y rico en cuanto a lo que tiene de nadar a contracorriente. En

representación de NOCTE, la Asociación española de escritores de terror, me veo ante el reto y el honor de redactar estas líneas, y no solo eso: he leído personalmente los 88 relatos que han participado en esta convocatoria, y puedo afirmar sin miedo a equivocarme que hemos logrado dar con algunas joyas de la conspiración de enorme valor literario.

Déjenme, pues, reflexionar. Me resulta familiar la labor que realiza Saco de huesos en pos de dignificar y difundir el género fosco. No obstante, cuando me ofrecieron hablar de conspiraciones he de reconocer que me sentí perdido. De primeras, las conspiraciones en la literatura me resultaron algo cogido con alfileres, pero a base de indagar y recordar he llegado a varios pilares que me gustaría citar al respecto. El maestro de la conspiración, nos guste o no reconocerlo, es el infame Dan Brown. Todos sus *bestsellers* siguen el mismo patrón de un tipo envuelto en una red de mentiras y planes que escapan a su alcance. El poder en la sombra, sí. No por nada una de sus novelas se titula *La Conspiración*. Al grano. Siempre.

Pero hablemos de literatura. De la mayor conspiración jamás ocurrida en el ámbito literario. 1816. Cologny, Suiza. Verano de un año sin verano.

En Villa Diodati, varios escritores quedan confinados y conspiran para aterrorizar a la Humanidad. Percy Shelley, Mary Shelley, Lord Byron y John Polidori se entregan a un juego de miedos mutuos, una especie de historias alrededor de la hoguera que reverberará en la eternidad. Aquí nacen, entre otros, el monstruo de Frankenstein y el vampiro moderno, dos columnas elementales del terror como lo conocemos hoy en día. Imaginen la velada tormentosa donde, entre los mantos de agua y relámpagos voraces, el verbo se hizo carne y los autores desvelaron sus horrores. El alcance de esta fecha aún se atisba imparable...

Tampoco las modas como *Juego de Tronos* escapan a la contundencia narrativa de la naturaleza conspiranoica. Las familias protagonistas, arrojadas a una lucha de poder, se alían y traicionan constantemente, se ocultan información y forman improbables alianzas donde la verdad está siempre en entredicho. Pero si hablamos de conspiraciones, literatura y terror, estos han seguido de la mano a lo largo de los siglos. La idea más clara en cuanto a una conspiración terrorífica en literatura se la debemos probablemente a Ira Levin. *La semilla del diablo* (*Rosemary's Baby*), llevada a la gran pantalla con su

habitual maestría por Roman Polanski, cuenta la historia de un matrimonio joven que se ve envuelto en una conspiración que abarca a todo su edificio de vecinos. Un *Aquí no hay quien viva* satánico, algo que, a su modo, ya hizo Álex de la Iglesia en *La comunidad*. Como ven, cine y literatura y conspiración, indisolubles. También merodea la sombra de la conspiración toda la obra de Stephen King, con elementos dispersos que parecen girar en torno a un eje común llamado Mal. Toda Derry y todo Maine parecen conspirar para que ese Mal último prevalezca sobre la humanidad. El poder en la sombra, una vez más, que no muestra su cara. Por eso no me han extrañado al leer «Lo que nadie debiera saber sobre los vampiros» los ecos a *Salem's Lot* (King, 1975), que, por otro lado, tenía su origen en uno de los grimorios más populares, *De vermibus mysteriis*, y es que los propios libros, los mismos textos pueden ser producto de un plan que escapa al alcance de nuestro entendimiento, como es el caso del texto de «El Destructor».

No obstante, si entramos en literatura conspiranoica más autorreferencial o metaliteraria, hay otra novela, *El poder en la sombra* (*Torment*) de Robert Harris, sobre un escritor al que encargan

escribir de manera anónima las memorias del Primer Ministro, aunque no es oro todo lo que reluce y no son pocas las manos poderosas que mueven las piezas en la sombra. Esta novela fue llevada a cine, cómo no, por Roman Polanski en la excelente *El escritor* (*The Ghost Writer*). Sin ir más lejos, en este tomo existen varias muestras de literatura y conspiración, como los excelentes relatos «Escritura creativa» o, ya rizando el rizo, «La conjura de los rechazados». Lean, lean, y pasarán del divertimento al estupor en unas líneas.

En definitiva, y con la intención de no extenderme más en el terreno del *spoiler*, en este *Conspiraciones* encontraremos sujetos sometidos al yugo de la conspiración, pero también a los mismísimos conspiradores. Escenarios posibles, plausibles, probables; un paseo del realismo más urbano a la ciencia-ficción descarnada, denuncia social o mala leche. Yo solo les puedo garantizar desde la autoridad que me otorga este prólogo un buen rato de entretenimiento con literatura, que no es poco, aunque también una sombra bajo el párpado, un palpito impreciso, la sensación de sentirnos vigilados. No puede llegar este número de *Calabazas en el trastero* en mejor momento, ahora

que todos conspiramos, que formamos parte de alzamientos sociales, de linchamientos en redes, que vivimos la mentira de las escuchas, que la era de la información nos ha superado, que el terrorismo ha subvertido su forma; en definitiva, el momento en que ninguno de nuestros pasos pasa desapercibido.

Nos observan. Nos estudian. No sabemos para qué, pero este puede ser un buen comienzo.

Jose Alberto Arias

Tablas Vaticanas

Por Víctor Villanueva Garrido

Fabrizio miraba receloso por el ventanal.

No le gustaba aquel mar. Se había criado en una familia de pescadores de la costa calabresa, y el mar de su tierra era muy distinto de éste. No es que aquel fuera benigno; el mar nunca lo era. Y Fabrizio había aprendido a odiarlo la noche que se tragó a su padre y a su hermano. Pero era un mar cálido, donde todos los días podía bañarse, y por la noche, desde su casa, veía brillar las luces de Sicilia en la costa de enfrente.

El océano que lo rodeaba ahora, en cambio, era gélido, tan frío como el vacío entre las estrellas, e igualmente inmenso. Desde lo alto del faro, era imposible calcular la altura de las olas, pero podía ver sus crestas casi tan altas como el faro mismo, rompiendo contra el islote con fuertes rugidos que hacían temblar los gruesos cristales del torreón.

Siempre se había sentido intranquilo durante las horas de espera en el faro, y no era de extrañar. Sin embargo, aquella noche sentía una ominosa

premonición, un terrible presentimiento que le atenazaba el alma.

—Mueves tú —le recordó Isaac.

Fabrizio movió la cabeza, sacudiendo su ensimismamiento. Volvió su atención al tablero. En aquel lugar abandonado, sin ni siquiera luz eléctrica —una lámpara de gas junto al tablero los alumbraba—, el ajedrez era una buena manera de pasar el tiempo, aunque el hecho de perder siempre, acababa quitándole la gracia.

Fabrizio movió un alfil, e inmediatamente su compañero lo comió con un largo movimiento de torre, a la vez que proclamaba: «Jaque».

—No sé por qué me empeño en jugar contra un judío.

Isaac sonrió, sin confirmarlo ni negarlo. No sabían nada el uno del otro, pero el nombre, la tez morena, su pronunciada nariz, y el extraño acento con que hablaba italiano, hacían sospechar a Fabrizio de la procedencia israelí de su compañero. Aparte, claro, de la excelente reputación de los agentes del Mosad como rastreadores de presas humanas.

Fabrizio movió el rey, e Isaac volvió a atacar con un salto de caballo.

–Jaque –repitió, sonriendo–. Es satisfactorio jugar contra un siciliano.

–No soy siciliano –refunfuñó Fabrizio–; soy calabrés.

En realidad, tampoco había motivos para ser tan discretos el uno con el otro, al menos en el sentido de que alguien pudiera oírlos. Estaban en medio de ninguna parte, y no podía haber lugar en el mundo más a salvo de micrófonos o cámaras. De hecho, en el faro debía haber algún tipo de inhibidor que inutilizaba móviles y todo tipo de dispositivos electrónicos. Si procuraban no intimar, ni conocerse, era porque ambos eran conscientes de que, en aquel tipo de negocios, siempre existía la posibilidad de que uno tuviera que matar al otro. Entre profesionales, era mejor no hacer amigos.

Como siempre, la partida pintaba muy a favor del probable judío. Isaac era un verdadero maestro. Aunque jamás hablaba de sí mismo, sus conocimientos sobre el ajedrez eran abrumadores, y podía explayarse durante horas hablando sobre gambitos, aperturas, ataques y defensas.

Sin embargo, el resquemor que Fabrizio sentía aquella noche, le hacía jugar de manera distinta a lo

acostumbrado. Sentirse en peligro le volvía agresivo, y a la vez cuidadoso.

Aquella fue la primera noche en que no perdió frente a Isaac. Aunque tampoco ganó. Tras poner su rey a salvo, los dos ejércitos de marfil se vieron envueltos en una carnicería en la cual, una a una, las piezas fueron abandonando el tablero. En pocos minutos, sobre los cuadros pintados sólo quedaron los reyes, respectivamente protegidos por un alfil en casilla negra.

–Tablas –asintió Isaac–. Es imposible que ninguno dé mate al otro.

Fabrizio suspiró.

–Tablas –repitió Isaac, volviendo a colocar las piezas–. Del latín tabula , ‘entablar’ . Se dice así porque, una vez que se llega a ese punto, la única opción es volver a colocar las piezas para una nueva partida.

–Igual que cuando se gana o se pierde.

Isaac negó con la cabeza.

–No. Cuando sucede así, simplemente la partida finaliza. Si se vuelven a colocar las piezas, es para una partida nueva. La anterior finalizó.

–Igual que si hay tablas –insistió Fabrizio.

Isaac volvió a negar, sonriendo.

—No. Tras unas tablas, se vuelve a empezar, pero porque la partida anterior se vuelve infinita, inmutable. Las tablas no son un empate. Son la victoria de la guerra eterna, la partida que nunca acaba.

Fabrizio sacudió la cabeza. Esa noche menos que nunca, no estaba de humor para escuchar las disertaciones ajedrecísticas de Isaac. Se levantó y cogió una linterna.

—Me voy abajo, a limpiar el paquete.

Isaac se encogió de hombros.

—Entonces me entretendré jugando solo.

—La única organización de Italia con tradiciones más herméticas que la mafia calabresa, es la curia vaticana.

Se lo había dicho un cardenal, el mismo que le había puesto en contacto con los promotores de la operación. Fabrizio se había sentido halagado al oírlo, aunque no lo mostró, por supuesto. Él jamás habría reconocido pertenecer a nada llamado «mafia calabresa». De hecho, ni siquiera aceptaba que existiera algo con tal nombre. La *'Ndrangheta* de Calabria no tenía nada que ver con las típicas organizaciones criminales conocidas como mafias.

Era una organización mucho más horizontal, compuesta por familias rurales que basaban su relación en el honor y el respeto mutuo. Sólo íntimos lazos de sangre permitían la entrada, y no había infiltrados ni arrepentidos.

Pero desde finales de siglo, ya no era siempre así. Cada vez más, las familias calabresas estaban sometidas dentro de un poder piramidal, dedicado en exclusiva a conseguir dinero de las drogas y la prostitución.

Sin embargo, Fabrizio Mancuso seguía siendo un *'ndranghetisti* tal como lo había criado su abuelo, tras morir su padre en el mar.

Por eso le habían escogido.

Para aquel tipo de asuntos, los sardos tenían más tradición, pero nadie superaba a un auténtico *'ndranghetisti* guardando un secreto; y en aquella operación el secreto era lo más importante.

Según le explicó el cardenal, nunca conocería a ninguno de los organizadores. Él mismo, le dijo, no tenía nada que ver y apenas sabía nada. Sólo por devolver un favor a un amigo, había accedido a proponer el negocio a Fabrizio, para que su prestigio como cardenal avalara la envergadura de la

operación, sin necesidad de presentarse ningún promotor.

Era algo muy, muy bien pagado, y muy sencillo de ejecutar. No más de dos veces al año, un socio se pondría en contacto con él, y juntos se harían cargo de un paquete. Después serían trasladados a un cierto lugar, y allí custodiarían el paquete hasta que vinieran a recogerlo. Unos días más tarde, recibiría un suculento ingreso en una discreta cuenta suiza. Fabrizio habría de desvincularse de cualquier otra operación. Sólo con aquello, él y su familia se enriquecerían y prosperarían. Imposible de rechazar.

Pero había una cosa que el cardenal le dejó muy claro: *tutto nell'ombra*. Todo en las sombras. Nada, ni lo más mínimo que pudiera dar indicios de la existencia de aquel negocio, debía salir a la luz. Bajo pena de muerte. Fue el único punto en que Su Eminencia no utilizó eufemismos: si una sola palabra indiscreta salía de boca de Fabrizio, él y su familia sufrirían las consecuencias.

La bajada por la torre del faro era muy larga. Tenía al menos cuarenta metros de altura y gruesos muros;

con lo que el descenso era todo dar vueltas en torno a una escalera de caracol angosta y retorcida.

El piso bajo tampoco tenía instalación eléctrica ni calefacción, pero al igual que el resto del faro, había sido restaurado recientemente. Sin embargo, el sótano, excavado en la misma roca sobre la que se alzaba el faro, parecía una cueva marina de paredes verdosas y goteantes. Fabrizio se subió la cremallera del forro polar y se caló el gorro de lana.

No tenía forma de saber dónde se encontraban. Los llevaban al islote en un viaje de varias horas sobrevolando el océano en helicóptero, sólo parando a repostar en una misteriosa plataforma tan deshabitada como el islote. Pero Fabrizio sospechaba que estaban en algún lugar muy al sur. Había leído que tras construirse el canal de Panamá, se abandonaron la mayoría de las rutas marítimas que pasaban por el cabo de Hornos, y buena parte de la red farera de la zona quedó obsoleta. Ninguna vez había visto allí el mar en calma, y el frío siempre era antártico.

Bajo la potente y cruda luz de la linterna, con el sonido del mar amortiguado, el sótano daba la impresión de ser una caverna submarina, muy por debajo de la superficie del mar. Dentro, una puerta

daba a una pequeña bodega. Aquella puerta se había adaptado a las necesidades actuales: era de hierro, de varios centímetros de grosor, y en su parte superior tenía un ventanuco enrejado con una puertecilla.

Al otro lado, Fabrizio podía oír al «paquete» llorar y sollozar.

Junto a la puerta, estaba amontonada la ropa y los efectos personales. También había una gran estufa de hierro, cuya chimenea escapaba techo arriba. Estaba ahí para caldear el aire lo suficiente para que el frío y la humedad no mataran a la prisionera, y también se usaba para eliminar sus posesiones. Si la estufa tenía alguna otra utilidad, Fabrizio prefería no imaginarla.

No era novato en cuestión de secuestros. Había participado en unos cuantos, y conocía la práctica de la deshumanización. No sólo se hacía para doblegar la voluntad de la víctima y someterla, sino que también hacía el secuestro más fácil a los raptos. Un secuestro no es como un robo, ni un asesinato. Es un crimen prolongado, en el que hay que convivir con la víctima.

El mismo hecho de llamar a la secuestrada «paquete», tenía por objeto dejar de verla como persona. Referirse a ellas por su nombre, hubiera

significado recordar que en algún lugar unos padres, un novio, un hermano, estarían desesperados por encontrarlas.

Aunque sabían todo sobre ellas, gracias al trabajo de Isaac, quemar sus pertenencias, «limpiar el paquete», era una forma de borrar su identidad, y no sólo materialmente. El paquete pasaba a ser sólo una muchacha indeterminada, desnuda y arrebujada en una manta andrajosa, a oscuras en una caverna submarina en el fin del mundo.

Aquella noche en concreto, la oscura premonición que le encogía el alma le hacía sentir más frío que de costumbre. Utilizó la leña envuelta en lona que alguien se encargaba de dejar allí para avivar el fuego de la estufa. Lo hizo lo más silenciosamente posible. Siempre procuraba no hacer ruido, para que el paquete no se enterara de su presencia en el sótano. Oírlas suplicar no le gustaba, y su negro presentimiento le decía que con aquella le habría de gustar menos que con ninguna.

La primera vez, tres años atrás, había creído que ponían a prueba sus escrúpulos.

Un mes después de la entrevista con el cardenal, había recibido un sobre certificado, con un billete de

avión y una dirección en Bélgica. Allí había conocido a Isaac, que le esperaba en una pequeña furgoneta con el material necesario. Su compañero le puso al corriente sobre el paquete a recoger, con una relación de datos exhaustiva: horarios, aficiones, situación familiar...

De recogerla, se encargó Fabrizio. Un callejón de la zona medieval de Lieja, y un trapo con cloroformo, todo rápido y eficaz. Fabrizio había capturado de la misma manera a hombres peligrosos, y aquello le resultó tan sencillo como matar un gatito. Pero en cierto sentido, también muchísimo más difícil. ¿Quién podía estar interesado en secuestrar a una chica belga, apenas una niña, de familia ni mucho menos rica?

Con la furgoneta fueron a un gran helicóptero de silencioso piloto, que les dejó en el faro. Tras unas horas de espera, otro helicóptero, más grande aún, llegó al islote, y un hombre vestido con impermeable subió al torreón. Sin decirles nada, les indicó que ya debían marcharse.

Aquel hombre les escoltó hasta el piso bajo, y Fabrizio pudo oír que un grupo de gente había entrado en el sótano. Antes de salir, alcanzó a oír un

alarido que le heló la sangre. Casi no reconoció la voz de la muchacha en aquel grito.

Una vida llena de violencia y dureza le había inmunizado contra los problemas de conciencia. Aun así, jamás había hecho daño, directamente al menos, a ningún inocente. Hasta entonces. Pero sabía que echarse atrás, a esas alturas, ya no era una opción. Llevaba el tiempo suficiente en el crimen para saber que, cuanto más atroz es un negocio, más terribles son las consecuencias de rajarse.

Y aquel alarido le había dejado claro que aquel era, sin duda, el más atroz de en cuantos negocios había tomado parte.

Después de aquello, había llevado a tres muchachas más a aquel faro del fin del mundo, una cada vez. Aquella que oía sollozar era la cuarta. No tenían en común más que su juventud y su angelical belleza. No tenía ni idea de quién o por qué las elegía.

En lugar de quemar sus pertenencias sin más, Fabrizio prefería castigarse. Había sido educado en el más estricto catolicismo, y creía en el pecado y el castigo. Sabía que lo que hacía era horrible, y prefería ser plenamente consciente del horror de su acto.

Mientras arrojaba al fuego de la estufa las posesiones de las chicas, las analizaba detenidamente, intuyendo en ellas la identidad que destruía. La ropa, los abalorios, todo le daba retazos de cómo era aquella muchacha. Alegre, tímida, coqueta, o independiente. Los móviles le servían de poco. No sólo estaban inutilizados para comunicarse, sino que incluso su comportamiento era errático en cuanto a mostrar fotos y mensajes. Fabrizio no entendía mucho de tecnología, pero el dispositivo de inhibición del interior del faro debía ser muy potente.

Era en los bolsos, en las carteras, donde la identidad de las muchachas más se le mostraba. Sintió la tentación de arrojar aquel bolso al fuego sin abrirlo. Tenía un presentimiento terrible sobre lo que pudiera descubrir en la identidad de aquella joven.

Y por más que le aterrara, sabía que era un presentimiento bien fundado. Porque apenas un mes atrás, un suceso le había inquietado enormemente.

Una bella tarde de domingo, Fabrizio había estado charlando con un primo en la terraza de un bar de

Villa San Giovanni. Como era habitual, empezaron con charla intrascendente, sobre cómo habían cambiado los tiempos. Ambos habían conocido aquella localidad cuando era poco más que un pueblo de pescadores, y ahora la costa estaba llena de hoteles, la playa de bañistas, y turistas de todas nacionalidades deambulaban por los paseos.

Después pasaron a los negocios. Su primo quería proponerle algo, pero Fabrizio negó con la cabeza. «Lo había dejado todo», dijo, «no quería líos para él ni para su familia». Hacía mucho tiempo que había decidido que, tal como funcionaba en la actualidad la *'Ndrangheta*, era preferible que su hijo Mario no continuara con las actividades que él había heredado de su abuelo. Su hijo estaba terminando la carrera de ingeniería en Cosenza, y la pequeña, Laura, empezaba la de medicina. «Eso cuesta dinero», argumentó su primo. Fabrizio levantó la mano, desechando el tema. No necesitaba dinero. Su primo enarcó las cejas, y Fabrizio sintió el impulso de explicar que ya estaba metido en un negocio lucrativo. De hecho, incluso llegó a abrir la boca para insinuar algo.

Pero en ese momento su primo se levantó, diciendo que tenía que ir al baño, y que después seguirían hablando.

Fabrizio quedó pensativo, con la mirada perdida, divagando si tendría algo de malo explicarle a su primo que estaba metido en un negocio del que no podía hablar. Aquello no era decir nada. ¿O sí? Después de todo era su primo, y le dolía dejarle en la estacada, sin ninguna explicación, en un asunto para el que había contado con él.

Pero entonces su mirada se detuvo en un turista sentado en una mesa cercana. El hombre no tenía nada de especial, aparte de su aspecto de típico turista. Camisa floreada, sombrero blanco, cámara de fotos al cuello. Pero le estaba mirando. Aquel turista le sonrió y negó con la cabeza.

Un escalofrío sacudió el espinazo de Fabrizio.

Su primo regresó y se sentó de nuevo a la mesa. Cuando Fabrizio volvió la cabeza hacia el turista, este había desaparecido. Su primo le habló, pero él ya no le escuchaba. Aquel desconocido le había dirigido una sonrisa y un claro gesto con la cabeza. ¿Podía estar relacionado con el asunto de los secuestros? ¿O había sido sólo una mueca casual?

Tutto nell'ombra. Bajo pena de muerte.

Después de aquello, había estado intranquilo durante días. ¿Le observaban? ¿Estaba siendo continuamente vigilado? Sabía que la gente para la que trabajaba era poderosa. No se dispone así como así de helicópteros, de islas, de faros. El cardenal ya le había insinuado, sin decirlo, que se trataba de gente muy, muy poderosa. ¿Hasta dónde llegarían sus ojos y oídos?

Pero él no había dicho nada. Se lo repetía a sí mismo una y otra vez. No tenía nada que temer. Aún así, durante dos semanas no dejó salir sola de casa a su esposa, y llamaba por teléfono todos los días a sus hijos estudiantes.

Y cuando ya creía estar tranquilo —realmente, ni una palabra había salido de su boca—, recibió un sobre. Dentro, no había billete de avión; sólo una dirección de Cosenza.

De todos los posibles lugares del mundo, tenía que secuestrar una chica que vivía en la misma región donde vivía él, en la misma ciudad donde estudiaban sus hijos. ¿Casualidad?

El hecho de que la chica en cuestión le resultara completamente desconocida, no lo tranquilizó. Su

avezado instinto de *'ndranghetisti* le advertía que, de alguna manera, alguien estaba yendo a por él.

Y no tuvo que buscar mucho en el bolso de la chica para constatarlo. Lo supo por la foto que encontró, y también porque la muchacha –Laura, se llamaba–, habiéndose percatado de su presencia en el sótano, empezó a hablar. Todas hablaban, suplicaban, llamaban a sus padres. Pero las demás lo habían hecho en idiomas que Fabrizio no entendía. Laura hablaba en perfecto italiano:

–Por favor, es por el padre de Mario, ¿verdad? Sé que está metido en la mafia, me lo ha dicho Mario, pero él no sabe nada, siempre ha estado apartado de todo eso, por favor, por favor...

Fabrizio sostuvo en su mano una foto donde su hijo Mario estaba cogido de la cintura con aquella chica, en unos jardines.

Nunca hablaba con los paquetes. No contestaba a sus súplicas. Hubiera sido una crueldad innecesaria darles esperanza. Pero aquella vez era diferente. Abrió la puertecilla del ventanuco.

–¿De qué conoces a Mario? –preguntó sofocado, pegando la linterna a los barrotes.

Laura se tapó el rostro, súbitamente deslumbrada, pero Fabrizio alcanzó a ver un rostro con los ojos

hinchados por las lágrimas, la nariz congestionada por los mocos.

—Es mi novio —respondió con voz entrecortada—. Salimos juntos desde hace un año, pero no sé nada de su familia. Su padre ni siquiera me conoce.

Isaac estaba sentado, pero no miraba el tablero de ajedrez. Miraba por la cristalera, hacia el mar embravecido que estallaba en las rocas.

—Deja la pistola, Fabrizio —le dijo sin mirarle—, no seas estúpido.

—Tú lo sabías.

Isaac no respondió, hasta que Fabrizio amartilló el percutor.

—Preferí omitir los detalles sobre su novio.

—¿Por qué? ¿Por qué ella?

—Dicen que estuviste a punto de decir más de lo que debías.

—¡No es cierto! ¡No dije nada!

—Lo sé. Si hubieses dicho algo, sería tu hija la que estaría abajo. Y tú, y tu mujer, y tu hijo. Pero alguien considera que, de todas maneras, necesitas un toque de atención.

Fabrizio se sentía sobrepasado. La muchacha de abajo, a la que sólo Satanás sabía qué horrible

destino le esperaba, era la chica que su hijo amaba. Conocía a Mario, y no era un chico veleidoso. El hecho de que no le hubiera contado todavía que tenía novia, era por respetuosa timidez. Aquella muchacha había estado destinada a convertirse en una mujer de su familia, en la madre de sus nietos.

—Hace años, yo hice algo más que tú —prosiguió Isaac—, yo sí dije algo. No mucho. Y mataron algo más que una futura nuera que no conocía.

El tono tranquilo con que hablaba su compañero imbuyó a Fabrizio de una pesadumbre fatalista. Después de todo, ¿qué podía hacer para salvar a la muchacha? ¿Hubiera podido salvar a alguna de las otras?

Se sentó junto a Isaac, dejando el revólver sobre el tablero de ajedrez. Ninguno dijo nada. Quedaron en silencio, mirando el mar embravecido y la noche.

—¿Alguna vez te has preguntado —dijo Isaac al fin — por qué nos tienen aquí a los dos, un buen rato, sin hacer otra cosa que esperar?

—Para vigilarnos mutuamente, supongo.

—Y para que podamos hablar, creo yo. Éste es el único lugar del mundo donde no estamos vigilados.

—¿Seguro?

Isaac sonrió fatigado.

—No. Seguro, no. Quizá también aquí.

—Esto es monstruoso. ¿Por qué lo hacen?

—Sí, ya lo creo que es monstruoso. He dedicado mi vida a preparar secuestros. Pero siempre era gente peligrosa, cabecillas terroristas, fanáticos religiosos. Quizá no era la más limpia de las guerras, pero al menos era una guerra, y mis víctimas deseaban convertir en víctimas a mi gente.

»Cuando me retiré para dedicarme a esto, pensaba que sería mucho más fácil. Sin peligros y sin riesgos. Incluso si algo falla, nos protegen los de arriba. Pero no, es mucho, muchísimo más difícil. Ahora tú también sabes ya lo difícil que es.»

—Esos «de arriba» son gente muy poderosa, ¿verdad?

—¿Poderosa? —Isaac soltó una carcajada amarga—. Amigo mío, no has entendido nada. No es gente poderosa: es *la gente poderosa*. —Tras un instante de silencio, preguntó: —¿Sabes lo que son las tablas mexicanas?

Fabrizio negó con la cabeza.

—Imagina un grupo de gente con pistolas. Cada uno apunta a la cabeza de otro. Así nadie se atreve a disparar ni a bajar el arma. ¿No has visto ninguna película de Tarantino?

—No voy al cine. Pero me parece una colosal estupidez.

Isaac asintió.

—Estoy de acuerdo. En circunstancias así, la gente se mata antes de esa situación o después de ella. Las tablas mexicanas son tan poco probables como lanzar una moneda al aire y que caiga de canto. Y aunque se dé la situación, no resuelve nada: sólo perpetúa el conflicto. No deja de ser unas tablas, como las del ajedrez.

»Lo que yo llamo tablas vaticanas, en cambio, sí funciona —Isaac le miró con media sonrisa torcida, como si se dispusiera a contarle un chiste de cuya gracia no estaba seguro—: Imagina un grupo de hombres cogiéndose unos a otros de los genitales. Ahí sí que nadie aprieta ni nadie suelta. La lealtad mutua está garantizada.

»Eso es lo que se hace en este faro.»

Fabrizio no dijo nada. Aún se sentía superado por todo lo que pasaba. Todavía escuchaba la voz de Laura suplicándole. Pero ¿qué podía hacer él? Aunque no entendía a dónde quería llegar Isaac, atisbaba que los poderes humanos que sacudían aquel islote empequeñecían la naturaleza que lo azotaba.

–Es una metáfora, por supuesto –continuó Isaac –. Lo llamo tablas vaticanas porque, según tengo entendido, esta tradición fue practicada asiduamente por la curia renacentista, aunque no la inventaron ellos. Fueron los templarios los primeros en practicarla. Ser todos cómplices de monstruosidades como forma de asegurar un vínculo.

»A los templarios no les funcionó, como es bien sabido. Algunas de sus prácticas salieron a la luz, y fueron destruidos. La corte de los Borgia lo perfeccionó. En aquella época, las intrigas vaticanas eran tantas y tan dañinas, que la misma Iglesia como institución estaba en peligro. Así que era necesario crear un vínculo entre la curia. Un vínculo más allá de lo sagrado. Un vínculo monstruoso.

»Nada de rituales de iniciación verticales, con novicios y maestros. Ese había sido el error de los templarios. Sólo los poderosos, los que verdaderamente tenían qué perder, sellaban su pertenencia al poder mediante una monstruosa ceremonia, más allá de toda confesión ni arrepentimiento. Era el pacto supremo, que producía una situación de tablas que impedía las traiciones internas.

»No sé si la Iglesia seguirá practicando esa tradición. Lo que es seguro es que otros sí la practican.

»¿Sabes? Creo que el mundo no está dirigido por mucha gente. Apenas son un puñado de hombres y mujeres quienes controlan todo, quienes deciden qué mentiras deben ser creídas, y qué verdades ocultadas. Si sus manejos se hicieran públicos, el orden entero de la sociedad se derrumbaría. Así que aseguran su lealtad mutua mediante las tablas vaticanas. Es la conspiración que protege todas las demás conspiraciones.

Isaac movió la mano, como quitando importancia a sus propias palabras.

—Tampoco me creas al cien por cien. Esto son conclusiones a las que he ido llegando con el tiempo, investigando discretamente. Aunque por muy discretas que hayan sido mis investigaciones, si mis conclusiones son correctas, es imposible que no hayan trascendido. Así que o son completamente erróneas, o sencillamente les divierte que lo sepa.

—¿Qué hacen con las chicas?

—¿Realmente quieres saberlo?

Fabrizio calló. Era fácil de suponer: Aquellas niñas eran el epítome de la inocencia, así que

destruían la inocencia con dolor y con sangre. Torturas espantosas, violación, asesinato.

—No sé qué tipo de pruebas guardarán unos sobre otros —continuó Isaac—. Quizá no guarden ninguna. Quizá el acto mismo es el pacto.

Quedaron los dos en silencio, mirando el mar furioso golpear contra el islote.

Fabrizio pensó en preguntar cuál había sido la indiscreción de Isaac, y qué precio había pagado él, pero concluyó que también prefería no saberlo.

Su hijo le pidió ayuda para encontrar a su novia desaparecida. Él lo consoló lo mejor que pudo. Intentó convencerle de que ella estaría en otro lugar, que le habría dejado por alguna razón, y que era mejor no darle vueltas. Así eran las mujeres.

No sirvió de mucho. Mario estaba destrozado. Pero Fabrizio sabía que era un chico joven y fuerte, que lo superaría, y que después de todo, apenas podía entrever el horror que subyacía en el orden del mundo. Ojalá nunca lo conociera tan bien como él mismo lo conocía ahora.

Un atardecer, le dijo a su esposa que salía a tomar el aire. Cogió una barca y se adentró en el mar, aquel mar cálido que un día había odiado, pero que ahora

veía como la única promesa de paz que podía haber para él.

No sabía cuánto de sucia habría sido la guerra en la que Isaac había luchado, ni a quién le habrían arrebatado, para darle aquel pragmatismo con que soportaba lo que hacía. Pero él siempre se había considerado un hombre de honor. Decidió que ya no recogería más paquetes. Esperaba que así mantendría alejada a su familia de aquel horror que ya le había roto el corazón a su hijo.

Proteger su familia y su honor era lo que le había enseñado su abuelo que debía siempre guiar sus actos. Su abuelo había sido un hombre virtuoso y valiente. Pero navegando hacia el sol que se ponía, pensó que ya era hora de encontrarse con su padre.

Unas palabras del autor de «Tablas Vaticanas»:

Mi nombre es **Víctor Villanueva Garrido**, y nací el 7 de octubre de 1974. Mi relato «Las manos que las aniquilan» fue seleccionado en la convocatoria especial de *Calabazas en el Trastero: Mitos de Cthulhu*, y «Monstruosidad y apariencia», en la antología *Asesinos históricos*.

Antes de ello, otro relato, «Donde hay gente, hay sorpresas», apareció en el Fanzine nº 6 de la TerBi.